

SŁAWOMIR MROŻEK

EL ELEFANTE

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE A. RUBIÓ Y J. SŁAWOMIRSKI

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Stoń*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1991 by Diogenes Verlag AG, Zúrich
© de la traducción, 2010 by Jerzy Sławomirski y Anna Rubió
© de la imagen de cubierta, 1993 by Diogenes Verlag AG, Zúrich
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Este libro ha recibido una subvención del Instytut Książki
a través del programa de traducción © POLAND



En la cubierta, ilustración de Sławomir Mrożek

ISBN: 978-84-92649-55-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 26 059-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

COLABORADOR EN LA SOMBRA

Una vez me asomé a la ventana y vi pasar por la calle un cortejo fúnebre. Un ataúd sin adornos viajaba en una sencilla carroza mortuoria tirada por un solo caballo. La seguían la viuda enlutada y otras tres personas, por lo visto parientes, amigos o conocidos del difunto.

El modesto séquito no me habría llamado la atención si el ataúd no hubiera estado engalanado con una pancarta roja que rezaba: «¡Viva!».

Intrigado, abandoné mis aposentos y fui en pos de la comitiva. Llegué a un cementerio. Iban a enterrar al muerto en el rincón más apartado, entre unos abedules. Durante la ceremonia fúnebre me mantuve alejado, pero acto seguido me acerqué a la viuda y, presentándole mi pésame y mis respetos, le pregunté quién era su marido.

Resultó que había sido funcionario. La viuda se conmovió ante mi interés por el finado y me contó algunos detalles de sus últimos días. Se lamentó de que se hubiera dejado los hígados haciendo un trabajo voluntario muy extraño. Escribía sin cesar informes sobre nuevos métodos de propaganda. Intuí que la propagación de las consignas al uso se había convertido en el principal objetivo de su vida.

Acuciado por la curiosidad, le pedí a la viuda que me permitiera ver los últimos trabajos del difunto. Accedió y me confió dos folios amarillentos escritos con una letra regular, aunque algo anticuada. De este modo, llegué a conocer el contenido de uno de los informes.

«Pongamos por caso las moscas—decía la primera frase—. Las veces que estoy de sobremesa contemplando cómo

vuelan alrededor de la lámpara, se me agolpan muchos pensamientos en la cabeza. ¡Qué felices seríamos—pienso—, si las moscas estuvieran tan concienciadas políticamente como la mayoría de los ciudadanos! Atrapas a una, le arrancas las alas, la bañas en tinta y la dejas sobre una hoja de papel en blanco. La mosca va y, desplazándose sobre el papel, escribe: «¡Fomentemos la aviación!». O alguna otra consigna».

A medida que avanzaba en la lectura, veía con mayor claridad el perfil espiritual del difunto. Un hombre sincero, profundamente entregado al proyecto de colocar consignas y pancartas por doquier. Su idea de sembrar una variedad especial de trébol era una de las más originales.

«Mediante la colaboración entre artistas plásticos y agrobiólogos—decía—, podríamos desarrollar una variedad especial de trébol. De resultas de la manipulación adecuada de la semilla, allí donde esta planta tiene actualmente una flor monocolor, crecería un minúsculo retrato vegetal de un dirigente político o de un héroe del trabajo. ¡Imagínense campos enteros de un trébol así en la época de floración! Naturalmente, serían inevitables algunos errores. Por ejemplo, una persona que no gasta ni barba ni lentes, podría brotar retratada con barba y lentes por culpa de un cruce de semillas. En este caso no quedaría más remedio que segar toda la plantación y volver a sembrar».

Las ideas del vejstorio resultaban cada vez más sorprendentes. Al acabar el informe, adiviné que la pancarta «¡Viva!» había sido colocada sobre el ataúd en cumplimiento de su última voluntad. Aquel inventor desinteresado, aquel fanático de la propaganda visual, deseaba dar fe de su entusiasmo incluso en la hora final.

Hice algunas indagaciones para enterarme de cómo había abandonado este mundo. Resultó que por exceso de celo. Con motivo de una fiesta nacional, se desnudó y, con

los siete colores del arco iris, se pintó siete rayas en el cuerpo. A continuación, se asomó al balcón e intentó hacer «el puente», esto es, una figura gimnástica que consiste en doblarse por completo hacia atrás apoyando las manos en el suelo de modo que el cuerpo dibuje un arco. De esta manera, pretendía crear una imagen viviente del arco iris, es decir, de un futuro prometedor. Por desgracia, el balcón estaba en un segundo piso.

Fui otra vez al cementerio para encontrar el lugar de su reposo eterno. Pero busqué insistentemente en vano. No logré dar con los abedules entre los que estaba enterrado. Me sumé a una charanga que desfilaba por allí tocando una marcha gallarda.

CARTA DESDE EL GERIÁTRICO

Ay, señor, hoy se ha alborotado el gallinero. Me bajan como siempre para el desayuno y ¿qué veo? En el comedor hay un nuevo periódico mural. ¿Contra quién? Contra nuestro secretario, el camarada Gluś. Vaya sorpresa, porque, fíjese, Gluś, aunque es un crío—tiene poco más de setenta primaveras—nos tenía agarrados por las narices desde hace cinco años. Fue él quien, con motivo del aniversario de la Revolución, lanzó la consigna de que nos comprometíamos a morir por adelantado. Pero, en cambio, nunca decía que no cuando alguien le invitaba bajo mano a una papilla. Corría la voz de que, por un plato de papilla, estaba dispuesto a todo. Fue él quien pidió responsabilidades en 1952, cuando el compañero Pyziewicz, sordo como una tapia, gritó de buena fe durante un acto solemne: «¡Viva el zar Nicolás!». Sólo se sabe que después vinieron dos hombres a precintar la dentadura postiza que el camarada Gluś se había dejado en la mesilla de noche. Qué fue del compañero Pyziewicz no se ha sabido nunca. Y la dentadura postiza sigue precintada.

Todos los que tenían un pasado se morían de miedo ante el camarada Gluś. El provector Pac-Pacyński, que de joven había sido medio serruchado por los campesinos sediciosos, se vio obligado a hacer constar en su ficha personal que lo había serruchado el coronel Beck a causa de sus convicciones antiderechistas. El compañero Kaczka, a quien Gluś condenó públicamente en una reunión por practicar gimnasia sueca, se derrumbó y se tiñó la barba de rojo. En cambio, la compañera Noga ya hacía tiempo que llevaba tren-

zas, pero el camarada Gluś descubrió que aquello era una sátira contra los chinos, quiero decir contra esa China, usted ya me entiende..., la Popular. Para salvar el pellejo, la compañera Noga tuvo que comprometerse a tricotar pancartas para el Primero de Mayo.

Y yo, ¡sí, señor!, también las he pasado canutas. Como sé tocar la concertina, el camarada Gluś me nombró presidente del Círculo de Amigos de Michurin. Eso no estaba del todo mal, porque así me libraba de la pista americana, pero un día hubo una inspección y yo solito tuve que zamparme un kilo de perdigones; figuraba que habíamos conseguido cultivar arándanos en seco, sin usar el bosque.

Todos nos acordamos del día en que a la compañera Etual se le cayó la polvera. La compañera Etual es más o menos de la quinta del camarada Gluś, una buena razón para merecer un trato preferente. Pero el camarada Gluś montó una farsa judicial en la que todos los residentes del asilo acabaron siendo acusados de desviación ideológica y, fíjese usted, la compañera Etual cambió de casaca y empezó a glorificar en verso a los jornaleros. Me parece que todavía llevo en el bolsillo una de sus poesías, porque el camarada Gluś nos hace aprendérmolas de memoria. A ver, ¿dónde está?, espere un momento, aquí, ya la tengo.

¡Ay, jornalero,
tan altivo y tan ufano!
Ni siembras, ni aras,
pero vendes grano.

Muy guapa, la poesía. De esas jugarretas del camarada Gluś, podría contarle un sinfín. Una vez hubo una borrasca de cuidado, y el compañero Tran habló de ella en términos despectivos. Dijo que en 1880 había visto otra más

espectacular y el camarada Glus le acusó de derrotismo y de glorificar el pasado. El camarada Glus padece del hígado, lo que siempre califica de «nefasto legado del capitalismo». Otra vez, nos obligó a solicitar a las autoridades que el nombre «Casa del Anciano» que lleva nuestro establecimiento se cambiara por el de «Casa del Viejo Cosaco del Don». Y un hombre así, a quien todos teníamos tanto miedo, hoy ha tenido que afrontar la crítica. Por fin alguien ha denunciado sus métodos. Todo el mundo se agolpa ante el periódico mural para ver con sus propios ojos lo que allí pone. Abajo de todo, en una esquinita, se menciona que el camarada Glus ronca demasiado cuando duerme. Sí, sí... Llegan nuevos tiempos.